



Con la señora Luisa Lynch de Gormaz

DIRECTORA DEL CLUB DE SEÑORAS



I. En casa de la señora Luisa Lynch. Su rincón favorito.—II. Retrato de la señora Lynch de Gormaz, tomado últimamente en una de sus visitas a nuestra Imprenta.

Un dichoso azar nos acercó hace dos años y desde entonces me ha ofrecido en múltiples ocasiones la buena ventura de conocerla y estimarla.

Yo os la querría presentar, lectora mía, en bellas frases cinceladas que dijesen de su gracia silenciosa, su inteligencia fina, sus amables intenciones. Pero yo comprendo que quien ha sido inmortalizada por Rodin en uno de sus preciosos mármoles, necesita la siringa delicada de un poeta para ser descripta. No pretenderé, pues, hacer el retrato de su alma y sólo me limitaré a hablaros algo de la atmósfera que la cerca y del ambiente espiritual en que se conciertan sus pasos.

Su casa es un retiro de belleza apacible. Allí en la Alameda que antes llevaba el sugestivo nombre de los "Suspiros", festoneada por el verde oloroso de los pinos y por los zarcillos de las enredaderas, se abre la ancha puerta que conduce a ella. Bajo el pórtico os recibe la blanca mirada de tres infantinas, emergiendo de un mármol inmaculado. En el zócalo se leen estas palabras: *Ximena, Carmen, Pax*.—Carmen, Pax y Ximena, qué nombres más eufónicos, más sugerentes, más evocadores! Al conjuro de sus sonos divisamos un horizonte lejanísimo y lleno de emociones nostálgicas: ¿Cuándo y en qué parte del mundo lo hemos visto? ¿Fue en sueños o en la realidad? ¿Fue en una remotísima existencia anterior o entre las imágenes de un olvidado romance de los tiempos medievales? ¿No se llamaba Ximena la esposa del Cid, la esposa de que habla el viejo código castellano?

*"Ya doña Ximena, la mi mugier tan complida
Como a la mi alma yo tanto vos quería,
Ya lo vedes que partir nos emos en vida;
Yo yré e vos fucaredes remanida,
Plega a Dios que de ventura e algunos días vida,
E vos, mugier ondrada de my seades servida!"*

Carmen, Pax y Ximena! Nombres de leyendas y de poemas, nombres que el certero gusto de los padres puso en las tres hijas como un amuleto de belleza que habría de protegerlas de la universal vulgaridad.

En el interior de los aposentos una luz difusa y tamizada recuerda la de los templos orientales. Orientales son también los tapices múltiples y riquísimos, los vasos de cobre, de bronce, de frágil porcelana del Japón, los idólos de piernas cruzadas y mirada inmóvil, los Budas de doble faz, las máscaras de ancianos ceñidos Samarais.

Qué diferencia entre la decoración y mobiliario de estos aposentos y las del imprescindible y amenerado salón al estilo de cualquier Luis, interpretado a la criolla, y al que se subordinan los gustos fáciles de las que no tienen uno propio.

Si la habitación de una mujer os sabe dar indicios de sus aficiones y tendencias, no vacilaréis en haceros un cuadro mental que se avenza con la figura de la señora de estos aposentos velados por telas orientales, tapizados en libros, enriquecidos por muebles antiguos y coloreados por un arte exótico, espiritualista y refinadísimo.

* *

En el número pasado de "Familia" dimos una reseña de las tendencias e ideales del "Círculo de Lectura". ¿Tendría Ud. la amabili-

dad de decirnos ahora algo acerca del Club de Señoras? comenzamos nosotras después de una breve conversación.

—Sin duda, nos responde con su grave gentileza de siempre. El Club de Señoras tiene ya una historia interesante: la que le han fabricado los comentarios de todo género que se hacen a su alrededor.

Sonreímos ambas y yo insinué: —Es una historia muy parecida a la del "Círculo de Lectura", en cuya compañía se le ataca y se le defiende.

—Sí, pero hay que notar, y nosotras queremos expresarlo con absoluta claridad, que el Círculo y el Club son dos cosas distintas, independientes la una de la otra, como si dijéramos dos familias en dos casas aparte y ligadas solamente por una buena amistad.

—El Círculo y el Club, aduje, son dos manifestaciones diferentes, aunque no antagónicas, del espíritu femenino actual y la experiencia ha probado que hay campo para ambos. El uno no excluye al otro.

Tanto es así, continúa mi amable interlocutora, que hay personas que figuramos en los dos directorios, pero esto no implica dependencia del uno ni del otro. Y en cuanto a los ataques a que Ud. aludía no los contestamos ni queremos tomarlos en cuenta. Cuando una se convence de que los adversarios proceden de mala fe, comprende que ninguna explicación, por amplia y verdadera que sea, puede satisfacerlos y, por lo tanto, lo mejor es olvidarse de ellos y continuar la obra que nuestra conciencia nos señala como buena y necesaria.

Aplaudimos sin reserva su actitud y luego interrogamos:

—¿Cuáles son los ideales del Club?

—Yo creo que nuestro Club debe tener fines altruistas. No lo comprendo de otro modo.

—¿Practicarían Uds. la beneficencia?

—Sí, pero en un campo y en una forma distintas a las que hasta ahora se han usado entre nosotras. Dejaremos la caridad organizada, clasificada, catalogada a otras asociaciones a las cuales independientemente también pertenecemos y nosotros nos ocuparemos de preferencia en los casos particulares, aquellos que no entran en las estadísticas, que se recatan en la sombra de su dolor y que generalmente pasan inadvertidos, y por ende inconsolados. Practicaremos una caridad de corazón a corazón, y destinada más a prevenir que a curar pasajeramente. Voy a presentarle a Ud. un ejemplo vivo y actual. Se trata de una niña, de una de las primeras pintoras que hemos tenido. Fue a Europa, y allí casó con un francés. Vino la guerra y con ella la pobreza, la miseria casi. Desolada, ella recuerda que en Chile tiene unas



Interesante busto de las hijas de la Sra. Lynch: Paz, Carmen y Jimena.



pequeñas propiedades y deudores que no le han cubierto el precio de muchos cuadros. Regresa llena de ilusiones y aquí se encuentra con que no hay compradores para sus propiedades, que los deudores han desaparecido, que las puertas de sus antiguas amistades están cerradas, las clases de pintura acaparadas por otros, toda oportunidad escatimada. Cuando ha venido a mí, esa niña no hallaba solución alguna a su existencia. Si el Club de Señoras funcionara ya, la habría podido amparar, presentar sus cuadros, hacerle atmósfera en la sociedad, ayudarla de mil maneras discretas, sin apelar a la limosna que los espíritus elevados rechazan, aunque se encuentren en las más aflictivas circunstancias. A todas las señoras se nos presentan: diario ocasiones parecidas, ante las cuales individualmente solemos ser incapaces, pero que en agnupación aliviamos con éxito.

—Supongo que el nombre de Club que Uds. han dado a su institución no define, entonces, claramente sus ideales.

—Lo hemos aceptado en la amplia significación que la palabra tuvo originalmente. Por supuesto que aquí, al oído de Club se piensa inmediatamente en el de la Unión y se cree que nosotros intentamos hacer un Club de la Unión con fallidas, lo que es una insensatez. Fuera de las tendencias altruistas que favorecerá el Club, pensamos que nos sirva para mil cosas prácticas. Tendremos una biblioteca de obras escogidas, diarios, revistas. Abriremos en nuestras salas exposiciones de todo orden, siempre que se basen en la belleza o en la utilidad para la mujer. Ofreceremos audiciones musicales, etc.

—¿Piensan Uds. instalarse pronto?
 —No lo haremos hasta reunir todos los elementos necesarios a la obra. Nuestra empresa es difícil y costosa; no se nos ocultan los obstáculos que se atraviesan



Sala de lectura, anexa a la Biblioteca. Contiene curiosidades antiguas de gran valor.



Uno de los ángulos de la biblioteca.

vasto campo de acción. Son la desidia, la pereza, la rutina, el egoísmo, que laten fuertemente en el corazón de la raza. Verdad es que muy a menudo se adoptan son el de los argumentos familiares.

—Me interesará mucho conocerlos.
 —El argumento de los maridos es por lo general éste: que el club podría alejar a las mujeres del santo recinto del hogar. Pero cabe preguntarse ¿qué hacen ellos de la santidad del hogar? La huyen. Y allí queda la mujer abandonada en una soledad que es sumamente desalentadora, y que a la postre las incita a buscar distracciones honestas fuera de él. Las mujeres de hoy no gastan toda su vida en el hogar, excepto aquellas de naturaleza doméstica que con o sin club se sentirán atraídas a la aguja y al bastidor, porque sobre éste bordaron delicadamente toda la trama de sus días. Las demás van en la mañana a la iglesia y a las tiendas y a dar un paseo higiénico por la Alameda; en la tarde a casa de la modista, de la sombrerera o de la encajera; en las oraciones al Parque, a la Quinta,

a su paso. Preferimos ir caminando lentamente, siempre que sea con absoluta certeza.

—No me asombra oír mencionar los obstáculos. En nuestra tierra parece que existe un verdadero goce en dificultar el camino de los demás. Lo comparo a menudo con la desidia ante la mortalidad infantil. El niño que llega a vivir es aquí el que ha triunfado de contagios, de enfermedades, de toda suerte de males; los demás parecen sin remedio. Así las instituciones. Cuando alguna llega a surgir es porque ha tenido la más asombrosa de las vitalidades.

—Y es posible, añade mi afable interlocutora, que iguales obstáculos sean los que combaten al niño que lucha por vivir, al joven que desea hacer su carrera y a las instituciones que aspiran a desarrollar un



a las recepciones de las amigas, a las exposiciones; en la noche al teatro, a los conciertos, etc. A pesar de lo cual encuentran tiempo para manejar sus intereses domésticos y cuidar de sus hijos. El Club no va a transformar las costumbres; dará solamente a las damas una preocupación altruista más. Es un eco del movimiento mundial a favor de la mujer.

—¿De modo que Ud. cree que el espíritu femenino moderno mueve ya a las mujeres de nuestro país?

—Sin duda alguna. Y no podrá ser de otra suerte. ¿Por qué todo habría de progresar, de evolucionar, excepto la mujer? Es imposible que tengamos los mismos gustos y las mismas tendencias que nuestras abuelas que no conocieron la telegrafía sin hilos, ni la electricidad, ni la aviación, ni los transatlánticos, ni los automóviles. Mientras que todo el mundo usufructúa de los nuevos horizontes que las ciencias abren, se querría que sólo nosotros continuáramos con las ideas, que sin duda fueron muy buenas y provechosas para las señoras del siglo pasado, pero que hoy nos vendrían tan mal como un fusil de chispa a un soldado de las trincheras.

—¿Cree Ud. que han sido los frecuentes viajes al extranjero los que han preparado este movimiento?

—No me parece. Hay señoras que van a Europa, que pasean con sus esposos por Inglaterra, Francia, Italia y vuelven sin haber visto más que las camiserías de Londres, las tiendas de París y los cuchitriles de falsas antigüedades de Nápoles. Las causas son otras y múltiples.

Son el ambiente, los libros, las revistas, los mismos periódicos que a menudo comentan las acciones de las grandes damas europeas con el aire de decir: "Uds. las de aquí, no son capaces de hacer nada parecido". Si fracasara esta tentativa del Club, yo estoy cierta que inmediatamente se intentaría otra, porque el impulso está dado y ninguna fuerza, por grande que sea, es capaz de hacer remontar aguas arriba la corriente del arroyuelo destinado a ser un río caudaloso.

Seguimos conversando. Su charla inteligente nos llevó a temas más vastos que los que pueden encerrar las páginas breves de este artículo; conversamos de arte, de los misterios de la vida y de la personalidad y nos despedimos de ella con el agradecido regocijo que sentimos cada vez que podemos estar en contacto espiritual con una mujer que ha elevado el plano de su vida por sobre las superficialidades y pequeñeces cotidianas.